

XXVII CAPÍTULO GENERAL
MATERIALES PARA VIVIR LA FASE 2.2:

ESCUCHAR EL CLAMOR DE
LA REALIDAD



**Una misión, unidos en la misión:
*Misioneros Proféticos y Místicos
en Camino Sinodal***

Misioneros Claretianos - Gobierno General

«Una misión, unidos en la misión: Misioneros proféticos
y místicos en camino sinodal»

*Guía Metodológica para la preparación del XXVII
Capítulo General*

Roma, 2026

I

REFLEXIÓN PERSONAL

EL DESAFÍO DE UNA ESPIRITUALIDAD MISIONERA DESPIERTA: CULTIVAR UNA MÍSTICA DE LOS OJOS ABIERTOS

Al adentrarnos en la dinámica de “escuchar para discernir”, asumimos que no es posible permanecer indiferentes ante los clamores de la humanidad y de la creación. El Concilio Vaticano II nos recuerda que «para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio» (GS 4). La historia demuestra que las épocas de grandes cambios son también tiempos de grandes místicos que perciben a Dios de manera nueva. Por eso, no cabe el lamento estéril por los "malos tiempos" ni por haber sido desplazados a los márgenes; es precisamente en las orillas y los desiertos donde nacen las visiones más audaces del futuro.

Para responder a esta llamada al discernimiento con un auténtico espíritu profético, primero debemos aprender a mirar; nuestro carisma misionero nos exige evitar que la fe se convierta en un refugio individualista o en una doctrina abstracta y ajena a la realidad. Al contrario, necesitamos cultivar una “mística de los ojos abiertos” (en palabras del teólogo Johann Baptist Metz) que despliegue todos nuestros

sentidos en una creciente acogida y entrega a la historia concreta, descubriendo incluso en el fondo de la miseria y la opresión una presencia de dignidad y vida irrenunciables. Solo así asumiremos las esperanzas y dolores del mundo, iluminando con fuerza nuestro camino hacia el Capítulo General.

1. ¿En qué consiste una “mística de los ojos abiertos”?

Frente al peligro de una concepción de la espiritualidad que asocia la unión con Dios a la introversión, al aislamiento o al acto de "cerrar los ojos" para evadir el mundo, la mística cristiana propone una alternativa: no es una experiencia sin rostro ni ojos, sino una experiencia de solidaridad espiritual profundamente encarnada en la historia. Su centro se halla en el corazón mismo del Evangelio, en el pasaje de Mateo 25, donde el encuentro definitivo con el Señor se juega en la capacidad de abrir los ojos ante el hermano sufriente: *«tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y acudisteis a mí* (Mt 25, 35-36). Nace, por tanto, directamente de cuestionar el dualismo agudizado entre la historia de la fe y la historia personal, o entre la profesión de fe y la experiencia concreta de la realidad. Esta experiencia mística la podemos entender desde las siguientes claves fundamentales:

- **El primado de la compasión sobre el legalismo:** la mirada de Jesús no se dirigió primero a fiscalizar los pecados o la culpa de los seres humanos, sino a conmoverse ante su sufrimiento. La mística de los ojos abiertos es una práctica

de la compasión (*compassion*), entendida como una percepción empática que comparte el dolor ajeno y se somete a la autoridad de los que sufren.

- **Una mística de la justicia:** la praxis profética es política no porque busque el poder estatal, sino porque saca la afirmación “Dios es amor” al ámbito público de nuestras experiencias históricas, asumiendo la responsabilidad concreta por la justicia. *Deus caritas est*, «Dios es amor», recordaba la primera gran encíclica de Benedicto XVI. Cierto. Pero es precisamente esta verdad la que se convierte en una “experiencia interruptora” de nuestros propios narcisismos y certezas preconcebidas cuando chocamos cara a cara con la desdicha del otro.

En este sentido, la Sagrada Escritura nos recuerda que en la Biblia hay una segunda denominación de Dios que encuentra eco y confirmación en el mensaje neotestamentario, y que, por tanto, tampoco debe desaparecer de la memoria de los cristianos: *Deus et justitia est*, «Dios es (también) justicia». Como profetiza Jeremías: «Este es el nombre con que lo llamarán: “Yahveh, nuestra justicia”» (Jr 23,6). Así, para la fe cristiana, la justicia no es solo un tema político o social, sino un tema estrictamente teológico: una certeza fundamental de la fe sobre Dios y su Cristo.

- **Resistencia contra la amnesia cultural:** Frente a una sociedad posmoderna que promueve el olvido de las víctimas para construir una felicidad evasiva, la mística evangélica se planta como una rebelión de la memoria (*memoria passionis*). En este contexto, una mirada contemplativa nos urge a correr los velos de la realidad para

descubrir la presencia activa de Dios. Esta contemplación cristiana es, por definición, mística y encarnada, una experiencia profunda de encuentro con Dios en lo real; una presencia mucho más honda y viva que las estatuas de piedra en las fachadas de las catedrales. De este modo, el recuerdo del sufrimiento se convierte en la expresión más pura del amor del que habló Jesús, donde la pasión por Dios y la compasión por la humanidad se hallan indisolublemente unidas.

2. ¿Qué claves nos ofrece esta mirada contemplativa para escuchar el clamor de la realidad?

- 1. Afinar la vista y aguzar la mirada:** El peligro actual no es solo la falta de información, sino los trastornos de la vista causados por la sobreexposición a las imágenes de los medios de comunicación, que terminan insensibilizándonos. No podemos resignarnos a leer la realidad a través de esas «imágenes seducidas» que se adentran en nuestra intimidad e intentan apoderarse de nuestras decisiones. Al contrario, el misionero místico busca, con todos los sentidos abiertos, el fundamento último de una realidad que es poliédrica. Escuchar el clamor del mundo exige detenernos, pues mirar bien necesita tiempo y quita estrés a nuestra prisa misionera. Como recordaba Teilhard de Chardin, el desafío es «ver o perecer». Al igual que en la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,30-37), se nos invita a mirar descubriendo a las personas que solemos excluir de nuestro campo visual cotidiano, porque allí es donde empieza la visibilidad de Dios entre nosotros.
- 2. Derribar nuestros clichés e imágenes preconcebidas:** El mandamiento bíblico de «no te harás escultura ni imagen

alguna» (Ex 20,4) se traduce en la prohibición de mirar la realidad a través de estereotipos o categorías abstractas que anulan al sujeto real. En esta “cultura de la imagen”, nuestro destino no es consumir estereotipos, sino ser nosotros mismos auténticas imágenes de Dios (Gn 1,26) para los demás. Para escuchar el clamor del mundo y de la creación, debemos despojarnos de las proyecciones defensivas que nos hacen ver al extranjero, al pobre o a la creación misma como un peligro o una simple estadística manipulable.

- 3. Reconocer la autoridad transcultural del sufrimiento:** Antes de cualquier acuerdo racional, moral o ideológico, el rostro sufriente del inocente o de la creación herida nos impone una autoridad incuestionable. Atender este clamor no es un acto de heroísmo voluntarista, sino un vislumbre terrenal de la cercanía de Dios en su Cristo, quien se identificó plenamente con los hermanos más pequeños.

3. ¿Cómo resuena el clamor de la realidad en nuestra propia experiencia espiritual misionera?

Esta pregunta constituye el núcleo de nuestro examen de conciencia de cara al Capítulo General. Debemos estar atentos ante el peligro de una “religión burguesa” acomodada, que use la fe como anestesia para no exponerse a las heridas de la historia. Una espiritualidad misionera auténtica exige preguntarnos con honestidad: ¿Nuestra oración, personal y comunitaria, incluye la lamentación, la pena y el grito del mundo, o es solo un refugio de paz individual? ¿Nos dejamos “interrumpir” en nuestros planes pastorales por las emergencias de los marginados?

Cultivar la mística de los ojos abiertos nos exige pasar del “saber” teóricamente sobre las crisis del mundo a dejarnos “mirar y cuestionar” por los rostros reales de quienes no tienen voz. Solo cruzando la mirada con el dolor de la humanidad y de la creación podremos medir la verdadera altura de nuestra esperanza, sabiendo que la promesa de Dios nunca es una salvación abstracta, sino una justicia definitiva que nos compromete radicalmente aquí y ahora.

II

RETIRO COMUNITARIO

«ESCUCCHAR EL GRITO DE LOS POBRES Y DE LA TIERRA»

Texto Bíblico de iluminación: Éxodo 3, 1-12

Lema del retiro: *«He visto la aflicción de mi pueblo... y he escuchado su clamor»*

Pedimos la gracia: Señor, concédenos ojos abiertos para reconocer tu presencia en la realidad; oídos atentos para escuchar el grito de los pobres y el clamor de la tierra; y un corazón compasivo como el tuyo, capaz de conmoverse y responder con un auténtico espíritu profético.

1. Clave bíblica: el Dios que ve, escucha, conoce y baja para liberar (Éxodo 3, 1-12)

El Éxodo es la «Buena Nueva» del Antiguo Testamento. El encuentro con la zarza ardiente ocurre en la soledad del desierto, en un lugar que no era un santuario, interrumpiendo la rutina de Moisés mediante la revelación inesperada de Dios que lo llama por su nombre. Moisés se encuentra en su vida cotidiana, cuidando el rebaño en los límites del desierto, cuando un acontecimiento inesperado rompe su normalidad: una zarza que arde, pero no se consume. Al acercarse, Dios detiene sus pasos con una exigencia sagrada: *«Quítate las*

sandalias de los pies, porque el lugar que pisas es tierra sagrada» (v. 5). Descalzarse es el gesto primordial de vulnerabilidad, reverencia y despojo; significa abandonar las propias seguridades, defensas y esquemas para pisar el suelo de la realidad tal como Dios la ve.

Inmediatamente después, Dios revela su verdadera identidad a través de sus sentidos y de su implicación histórica: *«He visto la aflicción de mi pueblo... he escuchado su clamor... conozco sus sufrimientos y he bajado para librarlo»* (v. 7-8). Dios no es un espectador impasible de las tragedias humanas. El Dios de Israel padece con su pueblo, asume sus gritos y se compromete en su liberación. Sin embargo, la acción divina no suplanta la responsabilidad humana. El “bajar” de Dios se convierte en un “enviar” a la persona: *«Y ahora, ve, yo te envío»* (v. 10). Ante el natural temor y la resistencia de Moisés (*«¿Quién soy yo para ir?»*), la única seguridad que Dios ofrece no es una estrategia política ni un despliegue de fuerza, sino una promesa de presencia absoluta: *«Yo estaré contigo»* (v. 12). La fe bíblica nace de la escucha, se alimenta en la experiencia compartida, madura en el discernimiento y se verifica en la respuesta misionera. Ese es también el itinerario que recorreremos en este retiro.

Hoy, el Señor sigue viendo la aflicción de su pueblo en los múltiples rostros de la pobreza, la exclusión, las migraciones forzadas, las diversas formas de violencia y el deterioro de la casa común. Escuchar su voz implica dejarnos afectar por el grito de los pobres y el clamor de la tierra, porque es allí donde

Dios continúa revelándose, llamando y enviando a quienes quieren colaborar con su obra liberadora.

Escuchar la Palabra y la realidad:

- ¿A qué rutinas, comodidades o estructuras pastorales nos hemos acostumbrado? ¿qué nos pide el Señor dejar atrás (“quitarnos las sandalias”) para mirar la realidad con sus ojos?
- Al contemplar los sufrimientos de nuestro pueblo y el grito de los pobres y de la tierra, ¿escuchamos en ellos la voz de Dios que nos llama y envía, o prevalecen en nosotros el miedo, la resignación o los propios «¿quién soy yo?»?

2. Clave narrativa: el tejido de nuestras historias de vida en la realidad que vivimos

La fe y la vocación no acontecen en un vacío teórico, sino en la urdimbre de nuestras biografías y en el contacto directo con la vida de los pueblos. Al igual que Moisés llevaba consigo la memoria de sus orígenes, sus heridas de huida y los años de silencio en el desierto, cada miembro de la comunidad llega a este retiro con una historia cargada de encuentros, fatigas, rostros y nombres concretos. En el Éxodo, la opresión en Egipto describe una situación histórica límite de miseria, trabajos forzados y amenaza de extinción. Sin embargo, el texto deja ver que Dios se manifiesta y se deja encontrar siempre a través del “sacramento de los que sufren”, en el contacto con el “pueblo crucificado” (Cf. *Evangelii gaudium* 198; *Fratelli tutti* 68-75). Como comunidad misionera, los relatos de la gente de nuestros barrios, centros pastorales y periferias no son meras anécdotas; son el tejido vivo donde la misión se encarna.

Esta clave nos invita a hacer memoria agradecida y consciente del camino recorrido, rescatando las experiencias de vida que nos han configurado. Escuchar la realidad significa dejarnos conmovir por las narraciones de carne y hueso: las historias de las familias que no llegan a fin de mes, de los jóvenes sin oportunidades o de los ancianos en soledad. Pero incluso en medio de la tragedia, Dios introduce hilos de esperanza por medio de mediaciones concretas y figuras femeninas providenciales –como las comadronas, la hermana de Moisés y la hija del Faraón– que hoy se reflejan en la resiliencia, la dignidad y la fe inquebrantable de los más sencillos. Cuando ponemos en común estas vivencias, la memoria comunitaria se convierte en un espacio teologal donde descubrimos que las llagas y las alegrías del pueblo son el lugar donde el Señor sigue cruzando su mirada con la nuestra.

Compartir la vida y la misión:

- ¿Qué rostro, historia o situación concreta que hemos acompañado en este tiempo se ha convertido en una verdadera «zarza ardiente», donde Dios ha salido al encuentro?
- Al compartir la vida de nuestra comunidad y de las personas a quienes somos enviados, ¿qué dolores, esperanzas y desafíos descubrimos que el Señor nos está invitando a asumir juntos?

3. Clave apreciativa: discernir los signos del Reino en una escucha ampliada

Siguiendo las orientaciones metodológicas para la preparación del Capítulo General, el discernimiento

comunitario no es un inventario de problemas ni una sesión de lamento colectivo. Es un ejercicio de mirada creyente para identificar con lucidez los signos del Reino de Dios que ya están presentes y activos en la realidad. La zarza en el desierto ardía, pero milagrosamente no se consumía; del mismo modo, en medio de los contextos más difíciles y desérticos de nuestro mundo, el Espíritu Santo sigue generando vida encendiendo fuegos de esperanza, justicia, fraternidad y cuidado de la casa común.

Para realizar este discernimiento con autenticidad, la guía del Capítulo nos plantea una exigencia sinodal indispensable: ensanchar el espacio de nuestra tienda y abrir la mesa de la escucha. No podemos discernir adecuadamente encerrados en nuestros propios círculos comunitarios. Estamos llamados a incluir activamente en esta conversación a los laicos, a otros religiosos y religiosas y de manera prioritaria, a aquellas personas cuyas voces suelen ser marginadas o ignoradas en la sociedad y en la Iglesia. Son precisamente los ojos y las voces de estas periferias los que purifican nuestros criterios pastorales, nos rescatan de la autorreferencialidad y nos permiten captar por dónde está pasando el Espíritu y cuáles son los desafíos latentes que exigen de nosotros una respuesta verdaderamente evangélica y compartida.

Discernir los signos del Reino:

- Al escuchar a los laicos y a las personas que habitan las periferias de nuestra misión, ¿qué signos del Reino

descubrimos que ya están germinando y que quizá antes no sabíamos reconocer?

- A la luz de esta escucha y del camino hacia el Capítulo General, ¿cuáles son las llamadas más urgentes del Espíritu que nuestra comunidad no puede dejar de acoger?

4. Clave transformadora: la respuesta profética a la que nos urge el Espíritu

La meta final de toda experiencia de encuentro con Dios y de escucha comunitaria es la conversión y la acción transformadora. Dios no revela su nombre ni muestra sus signos a Moisés para dejarlo en una contemplación estática en la montaña, sino para ponerlo en marcha hacia una praxis de liberación. El discernimiento de los signos del Reino debe traducirse en opciones concretas que configuren nuestro futuro misionero de cara al Capítulo General. El Espíritu Santo es quien continuamente nos desinstala, abre caminos nuevos y nos impulsa a dar respuestas proféticas coherentes con el Evangelio en el aquí y ahora de la historia.

La clave transformadora nos exige pasar decididamente de la reflexión a la opción, asumiendo el dinamismo del Éxodo: *salir y hacer salir*. Este mandato nos interpela a arrancar a la comunidad de sus inercias y zonas de comodidad para revisar a fondo nuestras estructuras, estilos de vida y presencias pastorales. El objetivo es verificar si estos espacios realmente funcionan como canales que comunican la liberación de Dios o si, por el contrario, se han vuelto pesados e indiferentes ante el sufrimiento del mundo, impidiéndonos encarnar un nuevo modelo social basado en el corazón divino.

Responder al clamor de la realidad con un auténtico espíritu profético implica asumir el riesgo de iniciar procesos de cambio, ensanchar la corresponsabilidad con los laicos, denunciar las lógicas de opresión de nuestro tiempo y sostener compromisos firmes en favor de la vida y de la dignidad humana. Esta praxis profética se debe abrazar con la madurez de saber que el camino no está exento de dificultades o de aparentes fracasos humanos – como el de Moisés, que muere en el monte Nebo antes de entrar a la tierra prometida–, pero con la certeza absoluta de que, a la larga, el proyecto de Dios siempre triunfa porque Él camina con nosotros.

Responder con espíritu profético:

- Después de este camino de escucha y discernimiento, ¿a qué conversión personal y comunitaria nos está llamando hoy el Espíritu para vivir con mayor fidelidad nuestra vocación misionera?
- ¿Qué compromiso concreto queremos asumir como comunidad para responder con audacia y esperanza a los desafíos de nuestro tiempo y aportar al camino del Capítulo General?

III

CONVERSACIÓN EN EL ESPÍRITU

A partir del trabajo personal y de lo que hemos meditado y orado en este retiro, cada uno prepara su aportación para la conversación en el Espíritu. Recordamos las actitudes básicas del discernimiento y nos situamos en un espacio orante y de profunda reverencia, descalzándonos ante la realidad compartida. Para iniciar este espacio de escucha sinodal, nos ayuda invocar el Espíritu del Señor con la siguiente oración:

Señor Jesús, envía tu Espíritu,

para que nos ayude a leer la Escritura con la misma mirada con que Tú la leíste para los discípulos en el camino de Emaús. Con la luz de la Palabra escrita en la Biblia, los ayudaste a descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos desconcertantes de tu condena y de tu muerte. Así, la cruz, que parecía ser el fin de toda esperanza, se les reveló como fuente de vida y de resurrección.

Crea en nosotros el silencio para escuchar tu voz en la creación y en la Escritura, en los acontecimientos y en las personas, especialmente en los pobres y en quienes sufren. Que tu Palabra nos guíe, para que también nosotros, como los dos discípulos de Emaús, podamos experimentar la fuerza de tu resurrección y dar testimonio ante los demás de que Tú estás vivo en medio de nosotros como

fuentes de fraternidad, de justicia y de paz.

Esto te lo pedimos a Ti, Jesús, Hijo de María, que nos has revelado al Padre y nos has enviado el Espíritu.

Amén.

A partir de todo lo meditado y orado, cada participante prepara – preferentemente por escrito– su aportación inicial para la conversación en el Espíritu. Para guiar y centrar esta reflexión, compartimos las siguientes preguntas que servirán como base para nuestro discernimiento comunitario. Es importante acogerlas a modo de orientación para descubrir hacia dónde nos mueve el Espíritu y no como un elenco de cuestiones que deban responderse una a una.

1. ¿En qué aspectos de la realidad actual percibimos que el Espíritu Santo está actuando, favoreciendo el crecimiento del Reino de Dios?
2. ¿Qué fuerzas o situaciones parecen resistirse u obstaculizar la llegada del Reino?
3. ¿Qué gritos o necesidades del mundo nos están invitando Dios a escuchar con mayor atención?
4. ¿De qué maneras se nos llama a colaborar con Dios en la transformación del mundo como misioneros?

La síntesis del discernimiento comunitario se enviará mediante el formulario correspondiente antes del **10 de noviembre de 2026.**